

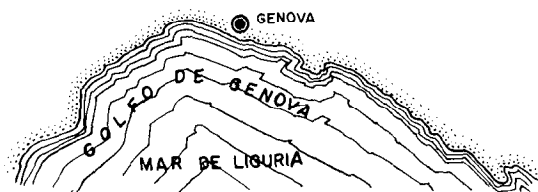
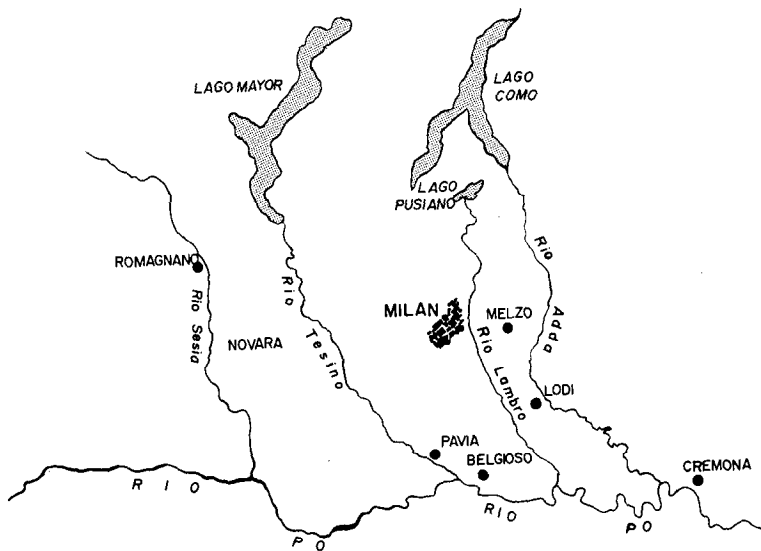
DE ROMAGNANO A LA BATALLA DE PAVIA

Jesús MARTIN SAPPPIA
Coronel de Caballería

LAS guerras de Italia entre el rey de Francia y el Emperador sirvieron de campo de acción, en ambos bandos, para poderosas personalidades y para que la agonizante caballería europea diese sus últimos ejemplos de gallardía, magnificencia y exaltación de valor y fuerza. Así, solamente como un vestigio, ya anacrónico, de las costumbres feudales, se puede entender la defección de Carlos de Montpensier, duque de Borbón y condestable de Francia, al ejército imperial.

Era el Duque el más poderoso caballero francés; gran soldado, grave, silencioso, austero en sus costumbre, celoso por la disciplina y en posesión del difícilísimo arte de ser amado y temido a la vez. Había luchado heroicamente al lado del Rey en Marignano, donde perdió a su hermano el duque de Chatellerauld, al mismo tiempo que Francisco I le otorgaba la dignidad de condestable de Francia. Nombrado gobernador de Milán acompaña al Monarca en Valenciennes, donde insiste en que se dé la batalla, contra el parecer del almirante Bonivet, favorito del Rey, por cuya razón fue desposeído del mando de la vanguardia, que por derecho propio le correspondía en todas las batallas.

El Rey, que ya siendo conde de Angulema le profesaba antipatía, celoso de la fama del Condestable, le destituyó del gobierno de Milán y en su lugar colocó a Lautrec, hermano de Francisca de Foix, condesa de Chateaubriand y amante del Monarca. Uno tras otro se van acumulando los agravios contra su persona culminando con la enemistad manifiesta de Luisa de Saboya, condesa de Angulema y madre de Francisco I, quien al quedar viudo el de Borbón trató de unirse en matrimonio a él siendo rechazada, en vista de lo cual y despechada entabló un pleito contra el Duque a causa de la legitimidad de las posesiones de éste, pleito que el Condestable perdió y como consecuencia vio confiscado su inmenso patrimonio. Todo ello le obligó a huir de Francia y, desesperado, a entrar en tratos con el emperador Carlos V, pasando a ser va-



Croquis de situación geográfica de Romagnano y Pavia.

sallo de éste hasta que en el asalto a Roma, el 6 de mayo de 1527, una bala de arcabuz disparada, según la tradición, por el escultor Benvenuto Cellini acabó con su vida.

Con esta breve reseña histórica de uno de los más grandes capitanes franceses al servicio de Carlos V y que como veremos jugó un gran papel en las campañas de Italia, se quiere justificar, en lo que cabe, su resentimiento contra su antiguo señor y todo lo que significase la Casa Real francesa, y su completa entrega al ejército imperial.

Una vez hecha esta pequeña introducción explicatoria de la presencia de un gran noble francés al mando de tropas imperiales contra su señor natural, pasamos a estudiar los acontecimientos que culminaron en la famosa fecha del 24 de febrero de 1525, glorioso triunfo de las armas españolas en Pavía, partiendo para ello desde el momento en que las huestes de Francisco I fueron expulsadas del Milanesado.

ROMAGNANO

Para llegar hasta esa memorable fecha vemos que, después de haber pasado el Tesino, Bonivet, almirante de Francia, había tomado cuarteles de invierno y licenciado parte de su infantería con el fin de economizar algunos meses de sueldo, en la seguridad de que no sería hostigado, dado lo avanzado que estaba la estación del año. Los imperiales, mandados por el condestable de Borbón, el virrey de Nápoles Carlos de Lannoy y el marqués de Pescara, dispuestos a no darle tregua, atravesaron el río con la finalidad de privarle de víveres, cortándole toda comunicación y con ello le privaron de todos los recursos, tratando de impedirle la retirada. Bonivet, ante su inferioridad numérica ordenó, sin embargo, el repliegue, engañando a sus enemigos, pero vivamente perseguido por Borbón y a pesar de la mucha diligencia que empleó, fue alcanzado por los imperiales en Romagnano, cerca del puente sobre el río Sessia. El Almirante, al frente de un cuerpo de gendarmería, cubrió la retirada hasta que herido gravemente tuvo que ser evacuado del campo de batalla, dejando el mando al conde de Saint Paul, al capitán Vandenesse y al caballero Bayardo, conocido éste último como el «caballero sin tacha y sin miedo». Los imperiales arreciaron en sus cargas desarticulando al ejército francés y cayendo en el campo del honor el capitán Vandenesse y el caballero Bayardo. El conde de Saint Paul con los restos de su ejército terminó la retirada acogiéndose a Surè, donde

encontró fuerzas de socorro que si hubiesen llegado quince días antes hubieran evitado este desastre.

EL SITIO DE MARSELLA

Carlos V, a la vista de estos acontecimientos, dejó madurar sus proyectos sobre Italia en una especie de inacción respecto al Milanésado, y dirigió todos sus cuidados a preparar una invasión de Francia que favorecería sus intereses, así como los de Borbón para vengarse de una manera ruidosa de sus desgracias.

El plan del Emperador era, de acuerdo con Enrique VIII de Inglaterra y el condestable de Borbón, una invasión simultánea de Francia en el momento en que el ejército francés hubiera pasado los Alpes para reconquistar el Milanésado. Para ello, Carlos V cruzaría los Pirineos y entraría por la Guiena al frente de los españoles, ya entusiastas y adictos a su política imperial; Enrique VIII, por las tierras de Flandes y por la Picardía, amenazaría a París con los ingleses y flamencos, y por último un cuerpo de mercenarios alemanes, apoyándose en los contingentes franceses con que creía contar Borbón, ocuparía la Borgoña. Se trataba, en realidad, de desmembrar la rica y poderosa Francia devolviendo al Emperador su ducado patrimonial de Borgoña, herencia de su abuela María, hija de Carlos el Temerario, y crear un nuevo reino en Provenza para el Condestable que haría homenaje por el nuevo reino a Enrique VIII, como soberano legítimo de Francia.

De las tres invasiones proyectadas, sólo se verificó la de la Provenza por los Alpes y Var, con 18.000 hombres, cuyo mando había confiado el Emperador al marqués de Pescara, si bien debiendo oír el parecer y consejo de Borbón. Sin gran dificultad fueron sometiendo las ciudades provenzales, recién incorporadas a Francia y desprovistas de tropas. El Condestable quería seguir avanzando, pero el de Pescara, que tenía instrucciones especiales del Emperador para apoderarse a toda costa de Marsella, se dirigió contra esta plaza y la sitió el 7 de agosto de 1524, con objeto de tomarla para obtener en el Mediterráneo un puerto cómodo para sus expediciones en Italia.

Francisco I, tan descuidado cuando tenía el peligro lejos como activo y enérgico cuando lo veía cerca, al percatarse de la idea de Carlos V, hizo devastar todo el país contiguo, introdujo una buena guarnición en la plaza y la hizo rodear de un segundo muro, en el que trabajaron todos los habitantes a porfía, llegando a nueve mil los que de ellos tomaron las armas.

La flota española enviada para bloquear el puerto de Marsella fue batida y dispersada por Andrea Doria, almirante genovés al servicio de Francia; la nobleza con la cual se había atrevido a contar Borbón, se agrupó en derredor de su soberano, y Francisco I reunió un buen ejército bajo los muros de Avignon, con el cual se puso en marcha hacia Marsella. Por otra parte, al no invadir el Emperador la Guiena, según lo acordado, porque las Cortes de Castilla se iban cansando de sacrificar los intereses de los pueblos a guerras extrañas, ni Enrique VIII cumplir por su lado lo que estaba concertado, dio como resultado que el ejército imperial, fatigado de un asedio inútil de cuarenta días, sin víveres, sin dinero y sin confianza, y amenazado por los de Avignon, levantase el sitio, recogiendo el bagaje a toda prisa, rompiendo la artillería, para retirarse, bajo el acoso enemigo, hacia Génova a donde llegó, camino de Milán, con la pérdida de más de una tercera parte del ejército.

FRANCISCO I EN EL MILANESADO

Engreído Francisco I con aquel triunfo, ya no pensó más que llevar otra vez la guerra a Italia, sin escuchar los prudentes consejos de Chavannes, de La Tremouille y de otros expertos generales, así como los de su madre, de modo que animado sólo por Bonivet, llevó adelante su resolución de avanzar velozmente sobre la Lombardía al frente de un lucido y numeroso ejército. Para ello partiendo de Lyon con 25.000 infantes, 5.000 jinetes y un excelente tren de artillería, franqueó los Alpes por el Mont-Cenis el 25 de octubre de 1524 y marchó sobre Milán tardando sólo once días en esta expedición, celeridad maravillosa para aquellos tiempos.

Semejante velocidad frustró al pronto todos los proyectos de defensa de los imperiales que reducidos a 16.000 hombres, desmoralizados, sin pagas, víveres y vestuario, se retiraron al mando de Lannoy, Borbón y Pescara a la línea del Adda, buscando el apoyo de las plazas de Lodi y Cremona, abandonando Milán casi al mismo tiempo que entraba por el lado opuesto La Tremouille con la vanguardia francesa, donde quedó solamente un puñado de soldados con el duque Francisco Sforza encerrados en la ciudadela, y dejando guarnecida con 6.000 españoles y alemanes, al mando del capitán don Antonio de Leyva, la importante plaza fuerte de Pavía.

Dueño Francisco I de Milán, dejó a La Tremouille el cuidado de expugnar la ciudadela y en vez de perseguir sin descanso al mermado ejército imperial, batiéndole antes de darle tiempo a que se organizase y

fortificase a espaldas del Adda, se detuvo ante los muros de Pavía. Este fue el gran error del Rey y de sus orgullosos y nobles consejeros al menospreciar a aquel ejército disperso, vencido sin combatir, pero en el cual figuraban los mejores capitanes de Europa, poseedores de una estrategia ágil e inteligente, muy superior a la francesa y cuyos soldados entusiastas estaban penetrados de la extraña fuerza que adquiere la gente hispana en los casos desesperados. Así, Francisco I, cuyas fuerzas eran ciertamente muy superiores y mejor pertrechadas que las imperiales, plenamente convencido de que era dueño de la situación envió una parte de su ejército a tantear la entrada en Génova y 10.000 hombres, al mando del duque de Albany, para que atacasen el reino de Nápoles, cuyo virrey, Carlos de Lannoy, había renunciado a socorrer, sabiendo que la suerte de Italia se había de decidir ante los muros de Pavía, debilitando de esta forma su ejército en un momento en que tenía necesidad de emplear todas sus fuerzas contra la ciudad sitiada.

Aprovechando este descuido del rey francés, Lannoy empeñaba sus rentas de Nápoles para proporcionar algún dinero con que subvenir a las primeras necesidades de las tropas; Pescara empleó su inmenso prestigio y ascendiente en persuadir a los soldados españoles a que tuvieran la abnegación necesaria y dieran a Europa el magnánimo ejemplo de servir sin sueldo al Emperador, y aquellos valientes guerreros accedieron a hacer este sacrificio en obsequio de su soberano y de un jefe que tanto querían, y por último el mismo Borbón empeñó todas sus alhajas para reclutar gente en Alemania y volvió con 12.000 lansquenetes.

EL SITIO DE PAVIA

El 28 de octubre de 1524, los franceses pusieron sitio a Pavía, plaza fuerte que se hallaba situada sobre la orilla derecha del Tesino, junto a su confluencia con el Po, en una fértil comarca a 34 kilómetros de Milán y a unos 24 de Lodi, ocupando, por lo tanto, una situación de gran importancia estratégica, siendo la verdadera llave del Milanésado. Esto fue lo que llevó a Francisco I a intentar su conquista, sin comprender que el problema se le habría facilitado si al sitio hubiese precedido la derrota del ejército imperial. En cuanto a su posición y defensas, uno de los brazos del Tesino, lamiendo sus muros, la protegía por el este, y por el noroeste se extendía el célebre «Barcho» o parque, llanura ligeramente ondulada, cercada por un grueso y elevado muro, lleno de arboleda y surcado por abundantes acequias; al norte, cerca del río, están

las posiciones de San Salvador y San Franco; al sur, también cerca del Tesino, San Lázaro y San Paolo, protegidas por el arroyo Vernachia y unida por unas barrancadas.

La primera idea del monarca francés fue tomarla a viva fuerza, confiando en su excelente artillería y en la que había aportado el duque de Ferrara; para ello tomó y guarneció todos los lugares vecinos a Pavía y cercó la plaza con fosos y vallados. Después de unos días de batirla con la artillería, el 7 de noviembre, mandó dar un asalto que costó la vida a los que lo intentaron, contándose entre los muertos al señor de Longueville. Al día siguiente continuó durante siete horas el bombardeo artillero contestando los sitiados con su artillería y arcabucería. Las brechas causadas por las baterías francesas eran instantáneamente reparadas por los sitiados, siendo Antonio de Leyva el primero en dar personal ejemplo de actividad, arrojo y sufrimiento a soldados y habitantes.

En los muchos combates que en los siguientes días se dieron, perecieron tantos franceses que el Rey ordenó que se suspendieran, para emplear otros medios y recursos. Con este propósito distribuyó sus tropas entre el parque y las posiciones antes citadas; taló los alrededores con el objeto de privar a los sitiados de recursos e intentó desviar el curso del Tesino a base de estacas, más cuando ya estaba casi terminada la obra, sobrevinieron tan copiosas lluvias que la corriente arrastró todas las estacas y reparos. Hizo, también, destruir los molinos de ambas riberas, pero el general español previendo este caso había hecho construir molinos de mano, suficientes para las necesidades de la población y no teniendo con qué pagar a los soldados, los repartió por las casas, imponiendo a los vecinos la obligación de darles de comer. Con el fin de que no faltase moneda, al menos para los tudescos, recogió toda la plata de los templos y la hizo acuñar con la inscripción: «*Los cesarianos cercados en Pavía, año 1524*». No cejando en su empeño, los franceses hicieron uso de las minas a las que los defensores opusieron las contraminas, y por último fomentaron la rebelión de los alemanes que formaban parte de la guarnición, sedición que fue reprimida por Leyva.

LA SORPRESA DE MELZO O «ENCAMISADA»

Poco menos cercados que ellos, los imperiales que con Lannoy y Pescara permanecían en Lodi, fortificándose lo mejor que podían, pero sin atreverse a separarse una legua de aquel punto, parecían tan ignorados de todos que en la misma Roma se fijó un pasquín con la leyenda: «*Cual-*



Don Fernando de Avalos, marqués de Pescara.
Marco Palmezzano. Museo Cívico Correr. Venecia.

quiera que supiere del ejército imperial que se perdió en las montañas de Génova, véngalo diciendo, y darle buen hallazgo; donde no, sepan que se lo pedirán por hurto y se sacarán cédulas de excomuniación sobre ello». Más no tardaron en dar señales de vida los que parecían muertos o se pregonaban por perdidos.

Con objeto de dar a conocer que aún existían, tenía el marqués de Pescara preparada una sorpresa que ejecutó de una manera admirablemente ingeniosa. Un día al anochecer llamó a todos sus capitanes y les ordenó que sin ruidos ni toque de tambor ni trompeta recogiesen toda la gente en el castillo. A las nueve de la noche se presentó él en la fortaleza. El terreno se hallaba cubierto todo de nieve; entonces hizo el Marqués que los soldados españoles, hasta un número de dos mil, se pusiesen sus camisas blancas sobre la ropa exterior. Mandó bajar el puente levadizo y dio la orden de que fueran saliendo por un portillo estrecho que daba al campo. Nadie sabía el objeto de la maniobra, mas como todos se agolpaban para seguir a su general a donde quiera que fuese, les decía: *«Salid despacio, hijos, que para todos habrá en el despojo; porque os hago saber que tenemos en Italia tres reyes que despojar: el de Francia, el de Navarra y el de Escocia».*

Una vez en campo abierto y habiendo dejado la gente indispensable para la guarnición del castillo, Pescara comenzó a marchar delante de todos, llevando a su lado al marqués del Vasto. Faltarían como dos horas para amanecer cuando se detuvieron un tanto atemorizados al ver que tenían que vadear un río. El Marqués hizo colocar en la parte superior una hilera de caballos para que quebrantasen la corriente y se metió el primero en el agua medio helada. Con su ejemplo y dos palabras de animación ningún español vaciló en seguirle, continuando todos la marcha hasta que al apuntar el alba llegaron cerca de los muros de Melzo, plaza situada a cinco leguas de Lodi y más cerca de Milán. Con el silencio que guardaban los imperiales, los centinelas no se apercibieron de su cercanía y cuando se oyó, dentro de la población, el sonido de un clarín que tocaba montar, Pescara se volvió a su gente y dijo con mucho donaire: *«Razón es, amigos, pues estos caballeros quieren cabalgar, que nosotros como infantes vayamos a calzarles las espuelas»* y alentándoles a escalar el muro, cruzando en cabeza el foso con el agua al pecho, comenzaron los españoles a porfía a trepar la muralla apoyándose en las picas. Una vez introducidos los primeros, abrieron una puerta por donde penetraron los demás en tropel a los gritos de *«¡España y Santiago!»*. El gobernador de Melzo, Jerónimo Tribulcis se encontró con el español Santillana quien lo hirió mortalmente obligándole a rendirse. Los restantes franceses fueron cogidos en la plaza y en la iglesia, muriendo pocos, pero sin escapar ninguno. Inmediatamente dispuso Pes-

cara el regreso a Lodi por el mismo camino, con los despojos, los caballos y los prisioneros, a los cuales pronto puso en libertad con el fin de enseñar al rey de Francia como trataba él a los vencidos para ver si avergonzándole templaba la rudeza y el mal trato que usaba con los españoles que caían en su poder. Esta fue la famosa sorpresa de Melzo, que llevada a cabo el 22 de noviembre de 1524, pasó a la posteridad con el nombre de «*Encamisada*».

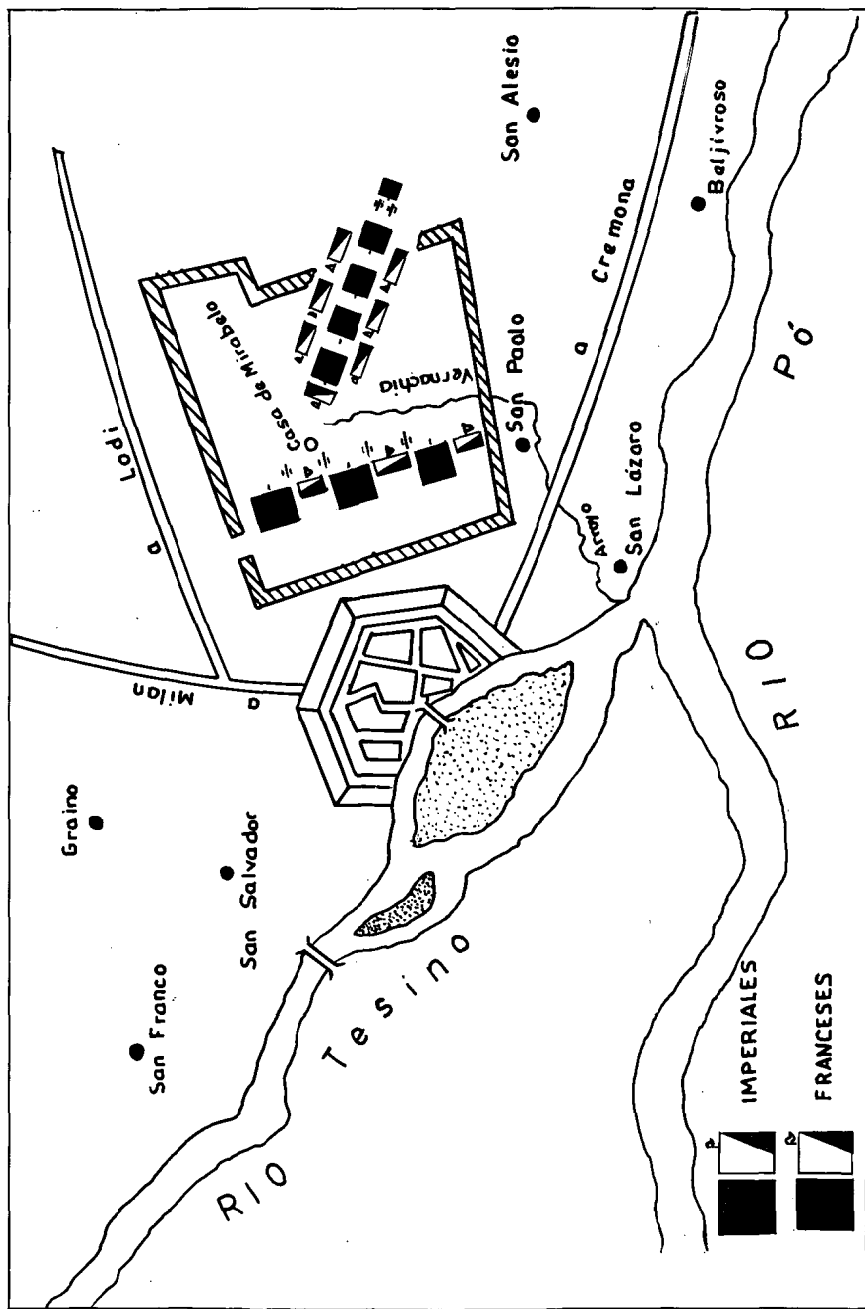
Al tener conocimiento el almirante Bonivet de esta acción dijo a su rey: «*Muchas veces, señor, me habéis preguntado por los españoles y siempre os dije que dormían y, efectivamente, esta mañana se han despertado en camisa y os han llevado toda la gente que tenáis en Melzo; mirad, señor, bien lo que hacéis, puesto que si los dejáis vestir no será acaso difícil que nos lleven a todos nosotros*».

El orgullo de Francisco I, resentido, hizo enviar a Pescara un mensajero ofreciéndole 200.000 escudos si consentía en librar batalla, a lo que contestó el general español con estas dignas frases: «*Decid a vuestro Rey, que si dineros tiene los vaya guardando, pues yo bien sé que pronto los va a necesitar para su rescate*». No tardó en verse que lo que parecía sólo una jactancia, había sido una profecía. Cuando en Roma se supo la aventura de los encamisados apareció un pasquín como contestación al insolente que pusieran los franceses, con el texto: «*Los que el campo del Emperador tenían por perdido, sepan que al fin han aparecido en camisa, muy helados y con doscientos hombres de armas y otros tantos infantes presos. Cuando esto hacen en camisa ¿qué harán cuando ya vestidos y armados salgan al campo?*».

LOS PROLEGOMENOS DE LA BATALLA

Aumentada su fuerza moral y material salieron los imperiales de Lodi el 24 de enero de 1525, después de encargar a Sforza, duque de Milán, la custodia de dicha plaza y la de Cremona, tomando el camino de Milán con el objeto de que abandonaran los franceses su campo atrincherado; pero viendo que el movimiento no surtía efecto, cambiaron bruscamente de dirección a la izquierda, tomando el camino de Pavía, resolución que revela no sólo la necesidad en que se hallaban de salir de la inacción sino el singular valor que les distinguía.

En vanguardia con la caballería ligera iba el marqués de Santángelo, caballero griego, gran servidor del Emperador; seguía el virrey Carlos de Lannoy, general en jefe de todo el ejército, con su rey de armas



Croquis de la batalla de Pavia (24 de febrero de 1525).

delante y las insignias de su dignidad; el condestable de Borbón con seiscientas lanzas y muy lucida gente de armas; el marqués de Pescara acompañado de su sobrino el del Vasto, con seis mil infantes españoles; a continuación un escuadrón de gente italiana, cuatro malas piezas de bronce y dos bombardinas de hierro, que era toda su artillería, y cerraba la retaguardia un escuadrón de tudescos muy bien provistos de picas.

Aquella noche se alojaron en Marignano, lugar gloriosamente célebre para Francisco I por haber ganado en él, en 1515, la famosa batalla contra los suizos, que se llamó el «*Combate de los Gigantes*». De allí y tras cruzar el Lambro, se detuvieron para apoderarse a viva fuerza de Santángelo, plaza fuerte que les aseguraba las comunicaciones, siendo el marqués de Pescara el primero que después de abierta la brecha, entró al grito de «¡*España!*» embrazada la rodela en que llevaba pintada la muerte. Tomado y saqueado el lugar y hecha prisionera la guarnición, al día siguiente, 30 de enero, siguió el ejército imperial, en orden de batalla, su movimiento hasta dar vista a Pavía y colocarse cerca del ejército francés, en las alturas de San Alesio, donde establecieron el campo y se atrincheraron.

Ante la inesperada presencia de los españoles, el rey de Francia reunió su consejo de generales para resolver lo que debería de hacerse. Los más opinaron por atrincherarse en algún punto bien defendido esperando que la falta de recursos y la desesperación acabarían por disolver el ejército imperial sin necesidad de combatirlo. Para ello, Francisco I retrajo su ejército dentro del parque abandonando su cuartel general de San Paolo y trasladándolo a la Casa de Mirabello, asegurando los puntos más importantes de las inmediaciones como eran San Salvador, San Franco, San Lázaro y San Paolo. De este modo quedó Pavía completamente aislada, pues el puente que cruzaba el Tesino había sido cortado, pero en cambio, la línea del ejército francés resultaba débil por lo extensa y a causa de ello tuvo que atrincherarse el Rey en su nueva posición y demoler una parte de la cerca del parque para que la vanguardia no quedase aislada. La artillería fue colocada en una excelente posición, dominando las dos vías de Milán y Lodi.

Los imperiales tras asegurar convenientemente San Alesio y Beljioso, que protegían su línea de retirada, atacaron varias veces las líneas enemigas de San Lázaro a San Paolo, mediante la táctica adoptada por Pescara de reposar de día y hostigar de noche por medio de encamisadas, rebatos, alarmas y falsos ataques que no dejaban descansar a los franceses y les minaba la moral. A estos ataques y amagos se unieron varias salidas de los de Pavía en las que los sitiados lograron ventajas aumentando su moral y acrecentándose, aun más, al enterarse de que un destacamento francés enviado a sorprender Cremona había que-

dado prisionero de Sforza y un refuerzo que llegaba de Francia fue destruido por la guarnición de Alejandría.

La moral de los enemigos estaba quebrantada y los imperiales carecían de recursos, razones muy poderosas para que el momento decisivo se acercase. Lannoy, como jefe más antiguo, reunió el consejo de capitanes y la mayoría se decidió por retirarse a Cremona, pero la voz autorizada de Pescara convenció a todos, diciéndoles: «*Si queréis honra y favor, alimento y botín, enfrente lo tenéis; ataquemos las posiciones enemigas, pues éste es el partido que dicta el honor de nuestras armas*». Lannoy le cedió el mando para que pudiese desarrollar con toda libertad su plan y aquella misma noche dio el marqués a todos los cuarteles la orden de que se aperciese al ejército para combatir al día siguiente, previniéndose que cada soldado colocara sobre su armadura una camisa o lienzo blanco y encima de ella la banda encarnada, distintivo del Emperador, con el objeto de no confundirse en el combate cuerpo a cuerpo. El plan de ataque ideado por Pescara es digno de elogio. El grueso enemigo se hallaba en el parque y el resto a derecha e izquierda, en San Lázaro y San Salvador. La superioridad enemiga en artillería y hombres, y las extensas obras de circunvalación que le defendían eran suficientes motivos para desechar la idea de un ataque general y en pleno día; recurriose, pues, a la sorpresa nocturna y al esfuerzo en un solo punto de la línea: la Casa de Mirabello. Leyva fue avisado durante la noche para que coadyuvara al éxito acometiendo a San Salvador, entreteniendo a su guarnición y revolviéndose a continuación para penetrar en el parque cogiendo de revés al grueso del enemigo. Hecho todo así, los imperiales se pusieron en marcha antes del amanecer.

LA BATALLA

Avisado el rey de Francia de la gran hoguera que se veía en el campo imperial dijo a sus generales: «*Esto es que huyen, preparad las armas para cuando venga el día, y los seguiremos hasta desbaratarlos o arrojarlos de todo el estado de Milán*». Tan seguro estaba Francisco I de que los imperiales se retiraban, que no se dio cuenta de la maniobra y cuando asomó el alba, ya los españoles habían derribado parte de la tapia del parque frente a San Alesio, colocándose en él viendo todo el campo de los franceses. Ordenados los escuadrones y cuando el sol comenzaba a resplandecer, se divisó a la izquierda el gran ejército francés con su Rey en persona, acompañado del príncipe de Escocia y el prínci-

pe Enrique de Albret, de Navarra; el duque de Alençon, cuñado del Rey, al almirante de Francia Bonivet, el señor de La Paliza, el virrey de Borgoña y otros príncipes y altos personajes que sumaban un total de unos 30.000 hombres.

Por la brecha abierta se dirigió el ejército imperial hacia Mirabello con el siguiente dispositivo de combate: en vanguardia, un pequeño cuerpo mixto de caballería y arcabuceros a pie; en el centro, cuatro escuadrones de infantes, el primero de 3.000 españoles y alemanes y dos piezas de artillería a las órdenes del marqués del Vasto, y los otros tres de a 4.000 hombres cada uno, mandados por Pescara, Lannoy y Borbón; detrás iban cuatro piezas escoltadas por 2.000 hombres italianos; la caballería flanqueaba los escuadrones o batallones de infantería.

Por su parte, Francisco I dispuso sus tropas en una sola línea y a cubierto de las trincheras del siguiente modo: la infantería, en número de 19.000 hombres, dividida en tres partes iguales, separados por grandes intervalos; la caballería, 2.400 jinetes, dividida igualmente en tres grupos cubriendo los intervalos de la infantería y su flanco derecho; la artillería al frente, agrupada en tres baterías. La línea de batalla apoyaba la derecha en el muro del parque, pero la izquierda no tenía apoyo alguno, quedando entre ella y el muro un gran espacio. En esta disposición la dirección de marcha de los imperiales formaba con la línea de batalla francesa, un ángulo agudo cuyo vértice coincidía aproximadamente con el borde izquierdo de dicha línea.

La derecha francesa mandada por Alençon, avanzó contra la retaguardia española que, inferior en número, fue puesta en desorden y rechazada sobre el resto de la columna dejando en poder del enemigo las piezas. Las pérdidas sufridas por los franceses en este ataque, unido a las ventajas que ya empezaba a conseguir la cabeza, salvaron de un desastre a los imperiales, sobre todo si al éxito obtenido por Alençon hubiese seguido un nuevo ataque combinado con las demás fuerzas francesas. La derrota de la retaguardia coincidió con una ataque del marqués del Vasto contra la casa de Mirabello que fue tomada con grandes pérdidas para los defensores, de modo que con este punto de apoyo, Pescara, que había sostenido el ataque de nuestra vanguardia, colocó la infantería detrás de una colina que la resguardaba del fuego de la artillería enemiga, y ordenó que todo el ejército hiciese un giro a la izquierda, quedando por lo tanto, en línea de batalla oblicua respecto a la línea contraria, y avanzó atacando la izquierda francesa a la que la vanguardia molestaba por el flanco.

Francisco I, que más que un general era un verdadero paladín se puso al frente de su caballería, superior a la imperial, lanzándose el primero al ataque, sin dejar que la artillería preparase el combate. Terrible



Final de la batalla de Pavia. Tapiz según cartones de Van Orley. Museo de Nápoles.

fue la primera arremetida de los franceses destrozando un escuadrón imperial y matando la mayor parte, al propio tiempo que se apoderaban de la vieja y escasa artillería imperial, lo cual les bastó para gritar «¡Victoria!, ¡victoria!, ¡Francia!, ¡Francia!», y para que la nobleza y la gendarmería abandonasen sus trincheras y se arrojaron confiados a campo abierto. Pronto se aprovecharon los imperiales de la imprudencia francesa. El marqués del Vasto estrechó sus líneas penetrando con ellas en las filas enemigas por el lado que había dejado descubierto la gendarmería y dio una mortífera carga a los suizos y alemanes. Los suizos olvidando su antiguo valor abandonaron su puesto, la izquierda del despliegue, siendo deshechos y lanzados en desorden sobre el camino de Milán por los tudescos que militaban entre los imperiales. El centro resistió valientemente al principio, pero envuelto por su izquierda y atacado de revés por las tropas de Leyva, que después de causar bastantes destrozos en los enemigos que guarnecían San Salvador y unirse a Pescara fue igualmente lanzado sobre el camino de Milán, fueron perseguidos, por último, en dirección a San Franco y el puente del Tesino que había sido cortado. Pescara, viendo venir a su frente un numeroso cuerpo de tropas, arengó a los suyos de la siguiente forma: «*Ea, mis leones de España, hoy es el día de matar esa hambre de honra que siempre tuvisteis y para esto os ha traído Dios hoy tanta multitud de pécoras*». Hicieron una descarga los lansquenetes alemanes al servicio de Francia, mas como volviesen las espaldas, según su costumbre, para cargar de nuevo, gritó el Marqués: «*¡Santiago y España, a ellos que huyen!*» y sin dejarlos respirar abrieron fuego los arcabuceros españoles, famosos por su certera puntería, de tal manera que en un brevísimo tiempo sucumbieron más de cinco mil hombres, cayendo los que pensaban salvarse en manos de la compañía del capitán Quesada que venía en ayuda de sus compatriotas.

Lannoy, Borbón, Alarcón y todos los jefes de los imperiales se conducían no menos bizarra y heroicamente, arrollando la hueste que a cada cual le tocó combatir. El veterano La Paliza, el más ilustre de los capitanes franceses formados en la guerra de Italia, murió peleando en primera fila al frente del ala derecha. Diesbach, el jefe de los suizos, que había desdeñado seguirlos en la retirada, buscó y halló la muerte en lo más espeso de las filas imperiales, y Montmorency, que mandaba una de las alas francesas, cayó prisionero. El bravo defensor de Pavía, Antonio de Leyva, que se hallaba enfermo, se hizo sacar en una silla a la puerta de la plaza y allí con mil soldados españoles y tudescos tuvo entretenido a un escuadrón italiano del ejército francés impidiendo que fuese a la batalla. El marqués de Pescara se metió de tal manera y tan adelante por entre los enemigos, que en más de media hora no se supo

de él, hasta que se le vio herido en el rostro y en la mano derecha.

Manteníase ya solamente el combate en el centro, donde estaba el rey Francisco rodeado de la flor de sus caballeros, el cual dio una carga desesperada de caballería, mas los intrépidos montañeses de Vizcaya y Guipúzcoa se deslizaban por entre los cascos de los caballos dando cuenta de los más famosos capitanes franceses, lo que tristemente hizo exclamar al monarca: «*Ni un amigo se queda para unir mi espada a la suya*». Longeville, Tonnerre, La Tremouille, Bussy D'Amboise, el almirante Bonivet, causante de aquella catástrofe y cuya muerte apenas fue sentida, fueron cayendo al lado de su Rey. Alençon, que mandaba otra de las alas, viéndolo todo perdido para los franceses, tomó, cobarde o prudentemente, la huida, arrastrando consigo todo el ala.

Francisco I, decidido a no sobrevivir a su derrota, luchó hasta el último momento, en que herido y fatigado su caballo, dio con él en tierra y cayendo de costado cogió al jinete una pierna. Un soldado vizcaíno que le vio caer corrió a él y poniéndole el estoque al pecho, le intimó a rendirse, sin conocerle, a lo que el monarca le contestó: «*No me rindo a tí, me rindo al Emperador; yo soy el Rey*». Entre el vizcaíno Juan de Urbietta, un granadino llamado Diego Dávila y otro soldado gallego llamado Alonso Pita, le levantaron de debajo del caballo, exigiéndole prenda de darse por rendido, entregando el Rey su espada y una manopla. Divulgada la noticia de la prisión del monarca, muchos caballeros franceses que aún podían haberse puesto a salvo, se entregaron voluntariamente prisioneros de los españoles para acompañar a su soberano en el cautiverio.

En Pavia pereció la flor de la nobleza francesa y en aquella jornada debieron acabar los sueños de gloria del rey-caballero y sus arrogantes pretensiones al dominio de Italia. Al conocerse la noticia del desastre, la pequeña guarnición de Milán se retiró sin dar tiempo a ser perseguida, y a los quince días no había en Italia más franceses que los prisioneros. Los despojos de la batalla, en vituallas, acémilas, caballo, armas, vestidos, joyas y vajillas, fue inmenso, y los vencedores se indemnizaron de tantas escaseces y privaciones como habían sufrido. De ocho a diez mil franceses sucumbieron en el campo al filo de las lanzas imperiales, sin contar otra muchedumbre de ellos que se ahogó en las aguas del Tesino en su ciega y precipitada fuga.

Despojose al rey prisionero de sus armas y le fueron enviadas a Carlos V como uno de los más preciosos trofeos de la victoria. La espada se depositó en el Alcázar de Toledo y la armadura del cuerpo fue llevada a Alemania. En 1806 se conservaba todavía en Insbruck, de donde la recobró, en dicho año, el príncipe de Neufchatel, y el emperador Napoleón la hizo colocar en el Museo de Artillería de París. La espada,

cuyo puño en forma de cruz es esmaltado con adornos de oro, en que se distingue la salamandra emblemática, se hallaba en la Armería Real de Madrid, y de aquí la sacó Murat, Gran Duque de Berg, en 1808, y la hizo transportar con gran ceremonia a Francia.

En el año 1847, el rey Luis Felipe de Francia, dio orden de que se publicase oficialmente la relación individual de los personajes franceses muertos o prisioneros en la batalla, que sacados de los documentos en archivo fueron los siguientes:

Príncipes y Señores muertos

- El duque de Suffolt, a quien pertenecía el reino de Inglaterra.
- Francisco, señor de Lorena.
- Luis, duque de Longeville.
- El mariscal La Tremouille.
- El conde de Tonnerre.
- El mariscal de Chabannes, primer mariscal de Francia.
- El mariscal de Foix, hermano del almirante Lautrec.
- El príncipe bastardo de Saboya, Gran maestre de Francia.
- El general Bonivet, almirante de Francia y gobernador del Delfinado.
- El señor de Bussy D'Amboise.
- El señor de Chaumont D'Amboise.
- El señor de Saint Mesmes.
- El señor de Tournon.
- El señor de Chataigne.
- El señor de Morette.
- El bastardo de Lupè, preboste de palacio.
- El señor de Saint-Severin, gran escudero de Francia.
- El señor Laval de Bretagne.

Príncipes y capitanes prisioneros

- El rey de Francia, Francisco I.
- El rey de Navarra, príncipe Enrique de Albret.
- Luis, señor de Nevers.
- Francisco, señor de Saluces.
- El príncipe de Talemond.
- El señor de Aubigny.
- El mariscal de Montmorency.
- El señor de Rieux.

- El señor de Chartres.
- El señor de Galeas Visconti.
- El señor Federico de Bauges.
- El conde de Saint Paul, hermano del duque de Vendôme.
- El hijo bastardo de Saboya.
- El señor de Brion.
- El gobernador de Limosin.
- El barón de Bierry.
- El señor de Bonneval.
- El baile de París.
- El señor de Viot.
- El señor de Charrot.
- El baile de Bugency.
- El señor de La Chartre.
- El señor de Boisi.
- El señor de Lorges.
- El señor de Moni.
- El señor de Crest.
- El señor de Guiche.
- El señor de Montigent.
- El señor de Saint-Marsault.
- El senescal D'Armaignac.
- El vizconde de Lavedan.
- El señor de La Claiette.
- El señor de Poton.
- El señor de Changy.
- El señor de Aubijon.
- El señor de Annebaut.
- El hijo del señor de Tournon.
- La Roche-Aymond.
- La Roche du Meyne.
- El señor de Clermont.
- El señor de Saint-Jean D'Ambornay.
- El señor de Vatithieu.
- El señor de Silans.
- El señor de Boutieres.
- El señor de Berbesieux.
- El poeta Clemente Marot.

CONCLUSIONES FINALES

La batalla de Pavía, el 24 de febrero de 1525, marca el apogeo de la fortuna del Emperador y constituye uno de los fastos más gloriosos de la Historia de España. Fue, en realidad, el triunfo de las armas españolas, integradas por hombres bravísimos, mal armados y mal abastecidos, decididos a todo, guiados por capitanes expertos, conocedores de la táctica del Gran Capitán, contra un ejército de grandes señores que se obstinaban en conservar la tradición medieval.

En la Historia Militar, Pavía, debe figurar a continuación de Cerignola y Garellano, y el marqués de Pescara como el heredero de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán. Esta batalla, una de nuestras mayores glorias, participa por parte de los españoles de un brillante instinto estratégico y de un gran concepto táctico, al tratar de separar el grueso del enemigo, concentrado en el parque, del cuerpo que ocupaba San Salvador y San Franco, darse la mano con Leyva y, unidos, lanzar a aquél sobre el Vernachia y el muro sur primero, y después sobre el ángulo Pò-Tesino.

Una vez visto el desarrollo de la batalla y su planteamiento podemos decir y afirmar que, el «orden de batalla oblicuo» y «en dirección oblicua», «el combate en tiradores» y el «fuego a discrección», han sido conocidos y empleados en la Edad Moderna por los ejércitos y generales españoles antes que por los de ninguna otra nación, contra la opinión de Renard, el cual en su «*Compendio de un curso de Táctica general*», al hablar de Turena afirma que gracias a él el orden oblicuo reaparece sobre el campo de batalla; y después al tratar de Federico de Prusia, dice que sus procedimientos tácticos, característicos, especiales, propios, no usados antes, deben distinguirse con el nombre de orden en dirección oblicua.

Para rebatir a Renard vemos que el orden en dirección oblicua consiste en marchar contra el enemigo en posición de modo que la dirección de marcha forme ángulo agudo con la prolongación de la línea enemiga, girar luego al costado y concentrar el ataque sobre la extremidad de esa línea. El orden oblicuo puede ofrecer dos casos: el primero consiste en que la línea del que ataca, uniformemente constituida, forma ángulo agudo con la del que se defiende, de manera que haya un ala avanzada y otra retrasada, y que ésta no haga otra cosa que amagar a distancia mientras que la primera se empeña a fondo y procura rebasar y tomar de flanco el ala opuesta; el segundo consiste en que una parte de la línea, la que ha de ejercer el esfuerzo principal, es reforzada, procediendo como martillo y arrastrando tras sí el resto del ejército, que,

sin embargo, puede estar, respecto al contrario, paralela u oblicuamente.

Pues bien, la disposición de los imperiales en Pavía es en dirección oblicua, tal como Renard llama a los procedimientos de Federico, porque Pescara trata de ponerse sobre el flanco y ala izquierda de los franceses, para lo cual *«marcha en columna a la desfilada prestando el flanco a aquéllos hasta apoderarse de Mirabello»*, punto de apoyo importante frente a la izquierda enemiga, y después *«por medio de un simple giro a la izquierda forma en línea de batalla oblicua con el ala derecha avanzada, el centro y la izquierda retrasados y la vanguardia amenazando el flanco del adversario»*; aún puede decirse que la disposición de Pescara es superior a la que usaba Federico, pues mientras éste solía descubrir en su marcha de flanco su línea de retirada y base de operaciones, aquél, no marchando procesionalmente por delante de un enemigo en posición, como censura Napoleón en Federico, sino en verdadera dirección oblicua respecto a la línea de batalla contraria, no abandona ni descubre su línea y base de operaciones. Es orden oblicuo, porque dueña de Mirabello la cabeza de la columna y hécho el giro a la izquierda, la línea de batalla resultante forma ángulo agudo con la prolongación de la francesa por su izquierda, y porque después el ataque se concentra sobre el ala izquierda enemiga, que acometen de frente el mismo Pescara y el del Vasto, de flanco los jinetes y arcabuceros de la vanguardia, y de revés Leyva.

En cuanto a la afirmación concerniente al «combate en tiradores y fuego a discreción u orden en guerrilla», cuya primera idea la encuentra Renard en el orden de batalla propuesto por Menil-Durand en la segunda mitad del siglo XVIII, no cabe la menor duda de que, como dice Brantôme, nos corresponde la primacía, pues frases textuales suyas son: *«1.500 arcabuceros de los más diestros, prácticos, astutos, dispuestos y que más andaban, que, enseñados por el mismo Pescara a extenderse en escuadras por el campo contra todo orden de guerra y ordenanza de batalla y hacer giros y dar vueltas de uno a otro lado con gran celeridad, fueron desbandados por orden del Marqués entre los escuadrones de caballos, y dieron tan buena cuenta de los gendarmes franceses, que destruyeron su esfuerzo con gran ventaja, perdiéndoles enteramente, porque reunidos simultáneamente y formando un grueso, eran arrojados a tierra por tan pocos pero excelentes arcabuceros, y que tal modo de combatir, que se puede imaginar mejor que describir, y que exige buenos, escogidos y bien mandados arcabuceros, nunca fue empleado antes de la batalla de Pavía»*.

Por último hay que reconocer que Francisco I cometió varios errores: el primero fue que conocida, como conocía, la dirección de marcha de los imperiales, no reforzó a Mirabello ni procuró evitar cayera en po-

der del marqués del Vasto; el segundo consistió en no apoyar la izquierda de la línea en el muro próximo al camino de Milán, acercándose así a su línea de retirada y al cuerpo dejado en San Salvador y oponiéndose al designio de Pescara; el tercero es haber procedido por esfuerzos sucesivos y aislados, pues primero hizo actuar a Alençon sin apoyarle, después obró él mismo con la gendarmería sin hacerse apoyar por la infantería, y, en fin, lanzó a ésta al combate cuando ya no le quedaba caballería con que sostenerla; otro error fue no preparar las cargas con el fuego, y en cambio impidió la acción de la artillería.

BIBLIOGRAFIA

- LOZOYA, marqués de: *Historia de España*.
- MARTINEZ FRIERA, coronel: *Las batallas de España en el Mundo*.
- ESPASA-CALPE: *Enciclopedia Universal Ilustrada*.
- ANQUETIL, L.P.: *Historia de Francia*.
- ZAMORA Y CABALLERO, P.E.: *Historia General de España*.
- CLONARD: *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*.
- NAVARRO GARCIA, Modesto: *Notas de Historia Militar*.
- LAFUENTE, Modesto: *Historia de España*.
- GUIU, Estanislao: *El año militar español*.
- CROQUIS: el autor del trabajo.